



## Prólogo

Missing Mile, Carolina del Norte, era en el verano de 1972 poco más que una mancha grande en la carretera. La calle principal recibía la sombra de algunos robles y pecanas de ramas extensas, flanqueados por unas pocas casas sureñas aún más grandes y dispersas, demasiado alejadas de cualquier ruta interesante como para haber sufrido el azote de la Guerra Civil. Las tribulaciones y triunfos de la pasada década parecían no haber rozado siquiera el pueblo, al menos a primera vista. Podrías pensar que se trataba de un lugar mecido en las aguas de un tiempo más tranquilo, un sitio en el que la paz reinaba de forma natural, donde no había que mostrarla en un estandarte o exhibirla alrededor del cuello.

Podrías pensar eso si no hicieras más que atravesarlo con tu coche. Si te quedaras lo suficiente comenzarías a ver señales. Algunas literales, como los carteles en las ventanas de la tienda de discos que más tarde se convertiría en El Disco Giratorio, pero que ahora se conocía como GiraGira. A pesar del nombre y del vaquero de madera encima de la puerta, los que querían canciones sobre Dios, las armas y la gloria iban a La Granja del Disco de Ronnie, en Corinth, bajando por la autopista. Alguien había comprado el GiraGira, y los carteles del escaparate eran un revoltijo de patrones y colores psicodélicos, de gritos dementes, iracundos.

Y las pintadas: «Detened la guerra» con un vivo puño de color rojo en la fachada del edificio, o «Ha resucitado», con un rostro abocetado, oscuro y sensual que podría pertenecer a Jesucristo o a Jim Morrison. Señales literales.

O figurativas, como el muchacho destrozado que ahora se sentaba con los mayores en el exterior de la ferretería agrícola en los días buenos. En otra vida su nombre hubiera sido Johnny Wieggers, y

hubiera sido un chico de carácter dulce y rostro franco; casi todos los veteranos recordarían haberle comprado una golosina o un refresco en algún momento, o, más tarde, haberle pasado un par de cervezas. Ahora, su madre lo llevaba en coche a Firehouse Street todos los días y lo ayudaba para que pudiera escuchar sus charlas, y contemplar las interminables partidas de damas que jugaban con un tablero machacado y tapones de Nehi púrpuras y naranjas. Hasta ahora, nadie había tenido el ánimo de pedirle que no lo trajera más.

Johnny Wieggers se sentaba en silencio. No tenía otro remedio. Había pisado una mina del Vietcong y había respirado el fuego, lo que lo dejó sin lengua y sin cuerdas vocales. Su rostro se había convertido en carne irreconocible, salvo por un ojo que brillaba sin guía en aquella ruina, como el de un pájaro o un reptil. Le faltaban ambos brazos y la pierna derecha; la izquierda terminaba justo encima de la rodilla, y Miz Wieggers insistía en remangarle el pantalón para orear la cicatriz cruda. Los veteranos se inclinaban sobre sus partidas de damas, hablaban menos de lo habitual, de vez en cuando echaban un vistazo al horrible muñón en carne viva, o al torso de lenta respiración, pero nunca al rostro mutilado. Todos esperaban que Johnny Wieggers muriera pronto.

Señales literales de los tiempos, y figurativas. La década del amor había pasado; sus dioses estaban muertos o desilusionados, su furia empezaba a mutar en una especie de malestar autista. La única constante era la guerra.

Si Trevor McGee sabía algo de esto, era solo de la más borrosa de las maneras, como si en vez de un esfuerzo consciente se tratara de un mecanismo osmótico. Acababa de cumplir cinco años. Había visto las noticias acerca de Vietnam, aunque su familia aún no tenía televisor. Sabía que sus padres creían que la guerra estaba mal, pero hablaban de ella como de algo que no fuera posible cambiar, como un día lluvioso cuando querías salir a jugar, como un codo despellejado.

Mamá contaba historias sobre marchas pacíficas a las que había ido antes de que nacieran los chicos. Ponía discos que le recordaban aquellos días, que le hacían feliz. Cuando papá escuchaba ahora sus discos parecía ponerse triste. A Trevor le gustaba toda clase de música, especialmente el saxofonista de jazz Charlie Parker, al que papá siempre llamaba Bird. Y la canción de Janis Joplin que tenía el nombre de su padre, *Me and Bobby McGee*.

Trev deseaba poder acordarse de toda la letra para cantar la canción él solo. Entonces podría imaginar que estaba solo con papá, conduciendo por la carretera, sin mamá y sin Didi, únicamente ellos dos. Papá le

dejaría ir delante, no encasquetado detrás con Didi, como si fuera un bebé.

Se obligó a dejar de pensar en eso. ¿Y dónde estarían mamá y Didi, sino allí? ¿De vuelta en Texas, o en el sitio que acababan de dejar hacía dos días, Nueva Orleans? Si no tenía cuidado, rompería a llorar. No quería que su madre ni su hermano pequeño estuvieran en Nueva Orleans. Esa ciudad le había dado un mal presentimiento. Las calles y los edificios eran oscuros y viejos, era la clase de sitio en la que viven los fantasmas. Papá decía que allí había brujas de verdad, y quizá zombis.

Y papá se había emborrachado. Mamá le había hecho salir solo, diciendo que le sentaría bien. Pero papá había vuelto con sangre en la camiseta y un olor apestoso. Y mientras Trev se acurrucaba en la cama del hotel abrazando a su hermano, con la cara enterrada en el suave cabello de Didi, su padre había apoyado la cabeza en el regazo de mamá y había empezado a llorar.

Y no fueron unas pocas lágrimas, como cuando el viejo perro Flakey murió en Austin. Eran grandes sollozos, gemidos trémulos que le pusieron la cara roja y que llenaron de mocos la pierna de mamá. Así era como lloraba Didi cuando se hacía mucho daño o estaba muy asustado. Pero Didi solo tenía tres años. Papá ya tenía treinta y cinco.

No, Trev no quería volver a Nueva Orleans, y tampoco quería que mamá o Didi estuvieran allí. Los quería a todos con él, yendo adonde se estuvieran dirigiendo en ese momento. Cuando pasaron la señal que rezaba «Límite urbano de Missing Mile», Trevor lo leyó en alto. Había aprendido a leer el año pasado, y ahora estaba enseñando a Didi.

— Genial — dijo papá —. Genial. No solo nos saltamos la autopista por una milla... sino que encontramos la maldita milla\*.

Trevor tenía ganas de reír, pero papá no parecía estar de broma. Mamá no dijo nada, pero Trev sabía que había vivido por allí cuando tenía su edad. Se preguntó si se alegraría de volver. Carolina del Norte le parecía bonita, llena de árboles gigantes, colinas verdes y largas carreteras llenas de curvas, como cintas negras que se desenrollaran bajo las ruedas de su Rambler.

Mamá le había hablado acerca de un lugar que recordaba, un lugar llamado Paseo del Diablo. Trevor no tenía ninguna gana de verlo. Era una zona circular en un campo en el que no crecían ni la hierba ni las flores, y donde los animales no se acercaban. Si por la noche echabas basura o ramas en el círculo, por la mañana habían desaparecido, como si una pata acabada en pezuña las apartara de su camino de una coz y

---

\* El nombre de la población, *Missing Mile*, puede traducirse como «La milla perdida». N. del T.

las mandara al infierno. Mamá decía que era el lugar por donde supuestamente el Diablo paseaba toda la noche, maquinando sus maldades del día siguiente.

(«Eso, tú enséñales la puta dicotomía cristiana, envenénales el cerebro», había dicho su padre, y mamá le había enseñado el Pájaro. Durante mucho tiempo, Trevor había pensado que el Pájaro era una especie de signo de la paz — quizá quisiera decir que te gustaba Charlie Parker —, y se lo había estado haciendo a todo el mundo hasta que mamá se lo explicó.)

Pero Trevor no podía culpar ni siquiera al Diablo por querer vivir allí. Le parecía el sitio más bonito que había visto nunca.

Ya conducían por el centro del pueblo. Los edificios parecían viejos, pero no asustaban como los de Nueva Orleans. La mayoría era de madera, lo que les daba un aspecto blando, amistoso. Vio un viejo surtidor de gasolina y una valla hecha de ruedas de carro. Al otro lado de la calle, mamá vio a un grupo de adolescentes con vaqueros rotos. Uno de ellos, un chico, se echó atrás una exuberante melena. Los chicos se detuvieron en la acera un momento antes de entrar en la tienda de discos, y mamá se los señaló a papá.

— Ahí tiene que haber alguna clase de escenario. Podríamos parar un poco.

Papá frunció el ceño.

— Esto es Mierdaburgo. Odio estos poblachos sureños. Llegas, y a los tres días todo el mundo sabe de dónde vienes, en qué trabajas y con quién te acuestas. — Acarició el volante, para acto seguido aferrarlo de forma convulsa —. Podríamos seguir hasta Nueva York.

— ¡No, Bobby! — Mamá le puso una mano en el hombro. Los rayos de sol se reflejaron en sus anillos de plata —. Sabes que el coche no aguantaría, y no vamos a quedarnos tirados quién sabe dónde. No me apetece hacer autostop con los niños.

— ¿No? ¿Prefieres quedarte tirada aquí? — Papá apartó la mirada de la carretera para mirar a mamá desde detrás de las gafas de sol que ocultaban sus ojos de color azul claro, como los de Trevor. Didi tenía los ojos de su madre, enormes y casi negros —. ¿Y qué vamos a hacer aquí, Rosena? ¿Qué? ¿Qué voy a hacer yo aquí?

— Lo mismo que en cualquier otro sitio: dibujar. — No miraba a papá. Aún tenía la mano sobre su hombro, pero había girado la cabeza hacia la ventana y contemplaba Missing Mile —. Encontraremos un lugar en alquiler y yo buscaré un trabajo. Tú te puedes quedar en casa con los chicos; no habrá ningún sitio en el que emborracharse, y podrás volver a dibujar tus tebeos.

En otro momento, Trev hubiera saltado en apoyo de su madre, quizá incluso hubiera intentado ganarse a Didi para la causa. Quería quedarse allí. Con solo ver el lugar se sentía relajado, no agobiado y temeroso, como le había sucedido en Nueva Orleans, y en ocasiones en Texas. Estaba claro que su madre también estaba feliz, al menos tanto como podía parecerlo últimamente.

Pero sabía que no debía interrumpir a sus padres mientras «discutían». Miró por la ventana y deseó con todas sus fuerzas que se detuvieran. Si al menos mamá necesitara tabaco, o si Didi tuviera que hacer pis, o algo... Su hermano jugaba con las mangas de sus pantalones cortos, soñador; ni siquiera veía el pueblo. Trev le tocó en el hombro.

— Didi — susurró con la boca pequeña —, ¿tienes ganas de hacer pis?

— Ajá — respondió Didi solemne, demasiado alto —. La otra vez me hice pis.

Papá golpeó el volante.

— ¡Maldita sea, Trevor, no tenemos bastante con su vejiga floja! ¿Sabes lo que significa tener que parar cada hora? Significa que hay que volver a arrancar el coche, y eso gasta gasolina. Y la gasolina cuesta dinero. Así que elige, Trev: ¿quieres pararte a mear, o quieres cenar esta noche?

— Cenar esta noche — dijo Trev. Sentía cómo las lágrimas comenzaban a aflorar. Pero sabía que, si lloraba, papá seguiría metiéndose con él. No siempre lo había tratado así, pero ahora sí. Si se enfrentaba a su padre y le respondía, aunque fuera para rendirse, papá podría sentirse avergonzado y dejarlo en paz.

— Bueno, pues entonces deja en paz a Didi. — Papá aceleró el coche. Trevor podía ver que odiaba el pueblo tanto como les gustaba a mamá y a él. Didi, como siempre, estaba perdido por el espacio.

Papá no se detuvo a propósito, ni por alguna razón. Trevor sabía que el coche no tardaría en romperse; al menos es lo que decía mamá. Si eso era cierto, deseaba que se rompiera allí. Creía que un lugar así sería bueno para su padre, si le diera una oportunidad.

— ¡Mierda puta! — Papá se peleaba con la palanca de cambios, golpeándola con el talón de la mano. Algo en las tripas del coche explotó y se estremeció de forma horrible; entonces comenzó a salir del capó un humo negro y grasiento. El coche se detuvo en el arcén cubierto de hierba.

Trevor se encontró de nuevo al borde del llanto. ¿Y si su padre descubría que había estado deseando que el coche se estropeará en ese mismo momento? ¿Qué haría? Trevor miró hacia abajo y se dio cuenta

de que tenía las manos cerradas en puños y apretadas contra las rodillas de sus vaqueros. Abrió con cautela una mano, después la otra. Las uñas le habían marcado medias lunas dolorosas y rojizas en las palmas suaves.

Papá abrió de un golpe la puerta del Rambler y salió. Ya habían superado el centro y ahora la carretera estaba flanqueada por terrenos agrícolas, verdes y de olor húmedo. Trevor vio algunas vides retorcidas coloreadas con diminutas flores púrpura que olían a frescos de uva. Llevaban kilómetros viendo esas plantas. Mamá las llamaba «kudzu», y decía que solo florecía cada siete años. Papá resopló y dijo que era un parásito de mierda que destruía los cultivos y que no moría ni quemándolo con gasolina.

Papá se alejó del coche y se dirigió a un grupo de árboles, no muy lejos de la carretera. Se detuvo y se quedó dando la espalda al Rambler, con los puños cerrados. Aun desde esa distancia, Trevor podía verlo temblar. Mamá dijo que papá era un manojito de nervios, y que no volvería a hacerle café porque lo alteraba demasiado. Pero a veces papá se ponía más que nervioso. Cuando eso ocurría, Trevor podía sentir cómo emanaba de su padre una furia ciega, roja, más ardiente que el motor del coche, una ira que no sabía de palabras como «esposa» o «hijos».

Era porque papá ya no podía dibujar. ¿Pero por qué era eso? ¿Cómo podía desaparecer de repente algo que habías tenido toda tu vida, aquello que más te gustaba hacer?

La puerta de mamá se abrió. Cuando Trevor alzó la mirada, ya había sacado las piernas del coche y lo miraba por encima del asiento.

— Vigila a Didi unos minutos, por favor — le dijo —. Lee algo con él, si puedes.

La puerta se cerró y su madre se dirigió hacia la figura tensa y trémula de papá.

Trevor vio cómo se encontraban, vio cómo mamá abrazaba a papá desde atrás. Sabía que las manos amables y frías de su madre le estarían acariciando el pecho, que le estaría susurrando palabras calmantes sin sentido con su suave voz sureña, como hacía con él y con Didi cuando se despertaban con pesadillas. Su mente tomó una fotografía fija de sus padres juntos, bajo los árboles, una imagen que recordaría durante mucho tiempo: su padre, Robert Fredric McGee, un hombre pequeño, de rasgos afilados, con gafas de sol negras plegables y una greña pelirroja de punta: su madre, Rosena Parks McGee, una mujer delgada vestida tan recatadamente como permitía la moda de la época, con unos vaqueros desteñidos y bordados y una amplia camisa india de

color verde, con pequeños espejos en el cuello y las mangas. Llevaba el pelo retorcido en una trenza que le llegaba a la mitad de la espalda, como un grueso cable salpicado de trigo y de maíz y del dorado del otoño.

El pelo de Trevor era del mismo color que el de su padre. El de Didi era del rubio más sedoso y pálido, el color de los cabellos más claros de mamá, aunque esta decía que Trevor había tenido el mismo color, y que el pelo de Didi probablemente se oscurecería hacia el pelirrojo para cuando tuviera la edad de su hermano.

Trevor se preguntó si su madre estaría allí apaciguando a su padre, convenciéndolo de que no importaba que el coche se hubiera roto, de que aquel era un buen lugar para quedarse. Eso esperaba. Entonces tomó la lectura que tenía más a mano, un tebeo de Robert Crumb, y se acercó a su hermano en el asiento. Didi no comprendía todas las cosas que sucedían en esas historias (y Trevor tampoco, ya puestos), pero a los dos chicos les encantaban los dibujos, y encontraban graciosísimas las chicas de enorme trasero.

Allá en Texas, papá bromeaba diciendo que mamá tenía un clásico trasero Crumb, y mamá lo atacaba con el cojín del sofá. En casa tenían un enorme y cómodo sofá verde. A veces, Trevor y Didi se unían a las guerras de cojines. Si los dos mayores estaban muy colocados, acababan riendo tan fuerte que se quedaban sin aliento, y entonces los pequeños tenían posibilidades de vencer.

Papá ya no hacía chistes acerca del trasero de mamá. Incluso había dejado de leer los tebeos de Robert Crumb, que había regalado a Trevor. Y Trev era incapaz de recordar la última guerra de cojines.

Bajó la ventanilla para dejar entrar aquel aire con olor a verde. Aunque quedaban restos del olor a motor quemado, era más fresco que el del interior del coche, que estaba teñido de humo, de leche agria y del último accidente de Didi. Entonces comenzó a leer el tebeo en alto, señalando cada palabra a medida que la pronunciaba para que su hermano pudiera seguirlo. Didi seguía intentando ver qué hacían sus padres. Trevor vio por el rabillo del ojo que papá se había alejado de mamá y que caminaba a grandes zancadas hacia la autopista, alejándose del coche, alejándose del pueblo. Mamá se apresuraba tras él, aunque sin correr. Trevor tiró de Didi para obligarlo a no mirar, para que se concentrara en las palabras y en los dibujos, en las historias que formaban.

Después de algunas viñetas era sencillo: el tebeo trataba acerca de Mr. Natural, su personaje favorito de Crumb. Le confortaba la visión de aquel astuto y viejo sabio-hippy, le hacía olvidar el enfado de papá



y el dolor de mamá, le hacía olvidar que estaba leyendo para Didi. La historia lo transportó.

Además, sabía que volverían. Siempre lo hacían. Tus padres no podían largarse y abandonarte en el asiento trasero, no cuando quedaba tan poco para que oscureciera, no cuando estabas en un lugar extraño sin nada que comer, sin un sitio donde dormir, y contando sólo cinco años.

¿No?

Ya se encontraban bastante lejos y eran pequeñas formas gesticulantes en la distancia. Pero Trevor alcanzaba a ver que habían dejado de andar, que simplemente estaban allí. Discutían, sí. Se gritaban, probablemente. Puede que lloraran. Pero ya no se alejaban.

Trevor devolvió la vista a la página y siguió con la historia.

Resultó que no podían ir a ninguna parte. Papá llamó a un mecánico, un joven enjuto e inmensamente alto que parecía casi adolescente, con una cara tan larga, pálida y amable como la del Hombre de la Luna. Sobre su mono grasiento alguien había bordado, con hilo naranja brillante, el improbable nombre de «Kinsey».

Kinsey dijo que el Rambler había perdido un pistón que probablemente llevaba a punto de cascarse desde Nueva Orleans, y que salvo que estuvieran dispuestos a gastarse unos cuantos cientos de pavos en aquel viejo motor, más les valía sacar el coche de la carretera y alegrarse de que se hubiera roto tan cerca de una población. Después de todo, señaló Kinsey, podrían tener que pasar allí una buena temporada.

Papá lo ayudó a empujar el coche unos cuantos metros, de modo que quedara totalmente fuera de la calzada. El cuerpo pandeó sobre sus ruedas, turquesa sobre la tira polvorienta de color cromo que recorría el lateral, de un blanco sucio por debajo. Trevor pensó que el Rambler ya le parecía muerto. Papá estaba muy pálido, casi azulado, perlado de un sudor de aspecto grasiento. Cuando se quitó las gafas de sol, pudo ver sombras púrpuras en sus ojos.

—¿Cuánto te debo? —preguntó. Era evidente por su voz que le aterraba la respuesta.

Kinsey miró a Trevor, a mamá y a Didi, acurrucado en brazos de esta, miró sus ropas y sus pertenencias empacadas en el asiento trasero, las bolsas de mulotón que sobresalían de la cubierta atada del maletero, los tres colchones cargados sobre la capota. Sus rápidos ojos azules, tan brillantes como pálidos eran los de Trevor y su padre, parecieron comprender la situación de inmediato.

— ¿Por salir? Nada. Mi tiempo no vale tanto, créame.

Agachó un poco la cabeza para mirar a papá a la cara. Trevor pensó de repente en una jirafa curiosa.

— ¿No... no lo conozco? No será usted... No... ¿No será usted Robert McGee? ¿«El dibujante que voló la tapa de los sesos del *underground* americano», en palabras del mismísimo San Crumb? No, imposible. Estamos en Missing Mile, qué idiota soy. Lo siento.

Ya se estaba girando, y papá no tenía intención de decir nada. Trevor no podía soportarlo. Quería correr hacia el hombre alto y gritarle a su cara amable y curiosa: «¡Sí, es él, es Robert McGee, y además de ser todas las cosas que has dicho, ESMI PAPÁ!». En ese momento, Trevor creía poder explotar del orgullo que sentía por su padre.

Pero mamá lo sujetó del brazo, echándolo hacia atrás. Una larga uña lacada le dio unos golpecitos de advertencia en el antebrazo. «Sh», le oyó decir muy bajo.

Y papá, Robert McGee, *Bobby McGee*, creador del alocado, enfermi-zo y hermoso tebeo *Birdland*, cuya obra había aparecido junto a la de Crumb y Shelton en *Zap!*, en el *Free Press* de Los Ángeles, en el *East Village Other* y en todas las publicaciones intermedias, por todo el país; que había recibido y rechazado ofertas del mismo Hollywood al que una vez había dibujado como una gigantesca garrapata ahíta de sangre, aún aferrada al cadáver putrefacto de un perro llamado *Arte*; que en sus tiempos había tenido una mano firme y una visión pura, mordaz...

Papá sólo negó con la cabeza y apartó la mirada.

Justo tras pasar el centro de Missing Mile, una carretera se bifurca hacia la izquierda desde Firehouse Street y se aleja hacia el campo cubierto de maleza. Esos campos son casi yermos, estériles, en opinión de la mayoría debido a la sobreexplotación y la ausencia de barbechos. Solo los más viejos del lugar insisten en que los campos están malditos, y que en tiempos fueron cubiertos de sal. La tierra buena está al otro lado del pueblo, el que da a Corinth, donde están la estación de tren abandonada y el bosque cerrado. Firehouse Street se encuentra con la Estatal 42. La carretera que se dirige hacia la izquierda pronto se convierte en gravilla, luego en polvo. Esta es la zona más pobre de Missing Mile, el lugar llamado Violin Road.

Ahí, los mejores sitios para vivir son las granjas decrepitas, lugares grandes y olvidados, con altos techos y salas enormes y frías. En su mayoría fueron abandonadas o vendidas años ha, cuando las cosechas se

echaron a perder. Un paso por debajo de estas granjas están las caravanas de aluminio y las cabañas embreadas, cuyos patios sucios están cuajados de juguetes rotos, cadáveres oxidados de vehículos y otra basura, y sus perímetros protegidos de forma negligente por perros somnolientos.

Allí solo las cosas salvajes son saludables, como los viejos árboles cuyas raíces hallan sustento muy por debajo de la tierra malograda, o los rosales convertidos en marañas verdes de espinos, o el imparable kudzú. Es como si hubieran decidido reclamar la tierra como propia.

A Trevor le encantaba. Allí fue donde descubrió que sabía dibujar, aunque su padre ahora fuera incapaz.

Mamá habló con un agente inmobiliario del pueblo y comprobó que podían permitirse el alquiler de una de las granjas abandonadas durante un mes. Para entonces, decía, encontraría un trabajo en Missing Mile y papá habría vuelto a dibujar. Y sí, pocos días después de llevar sus cosas a la casa, una tienda de ropa contrató a mamá como vendedora. El trabajo no era divertido (no podía ir en vaqueros, lo que no le dejaba más opciones que una falda con estampaciones indias y una blusa, o un traje de retales), pero comía en la cafetería del pueblo y a veces se tomaba un café después de su turno. Pronto conoció a algunos de los chicos a los que había visto entrar en la tienda de discos, y a otros como ellos.

Si podía conducir hasta Raleigh o Chapel Hill, le decían a mamá, podía sacarse un dinero posando para las clases de arte de la universidad. Mamá habló con Kinsey, el del taller, y logró negociar un plan de pagos. Una semana más tarde, el Rambler tenía un flamante motor nuevo y mamá pudo dejar la tienda y conducir hasta Raleigh varias veces a la semana.

Papá instaló sus cosas en un diminuto cuarto en la parte trasera: la sucia confusión de tintas y pinceles y la mesa de dibujo, el único mobiliario que habían traído de Austin. Se metía allí y cerraba la puerta todas las mañanas, cuando mamá se iba, y allí pasaba la mayor parte del día. Trevor no tenía ni idea de si dibujaba o no.

Pero Trevor sí que dibujaba. Había encontrado un viejo cuaderno de bocetos de su padre cuando mamá desembaló las cosas del coche. La mayoría de las páginas estaban arrancadas, pero aún quedaban algunas en blanco. Durante el día, Trevor solía sacar a Didi a jugar fuera; mamá le había asegurado que el Paseo del Diablo estaba a más de sesenta kilómetros, de modo que no tenían que preocuparse por ningún demonio meditabundo.

Cuando Didi dormía, algo que parecía hacer con mayor frecuencia en aquellos días, Trevor vagaba por la casa mirando los tableros

desnudos del suelo y las paredes manchadas de agua, preguntándose si alguien había querido alguna vez a esa casa. Una tarde se encontró en la oscura y destartada cocina, encaramado a una de las precarias sillas que venían con la casa, con un rotulador en la mano y el cuaderno ante él. No tenía ni idea de lo que iba a dibujar. Apenas había pensado nunca en la posibilidad de dibujar, eso era lo que hacía papá. Recordaba haber hecho rayajos con cera en el periódico cuando tenía la edad de Didi, dibujando grandes cabezas redondas, brazos como palos y piernas que surgían de ellos, al estilo de los niños pequeños. Este círculo con cinco puntos es mamá, este es papá, este soy yo. Pero hacía por lo menos un año que no había cogido una pintura. Por lo menos desde que papá dejó de dibujar.

Una vez su padre le había dicho que el truco estaba en no pensar en ello, al menos no en el cuaderno. Solo tenías que encontrar la senda entre tu mano, tu corazón y tu cerebro, y ver qué salía. Trevor quitó la tapa al rotulador y apoyó la punta sobre la página inmaculada, aunque algo amarillenta. La tinta comenzó a sangrar sobre el papel, formando un pequeño punto creciente, un diminuto sol negro en un vacío pálido. Entonces, poco a poco, su mano comenzó a moverse.

No tardó en descubrir que estaba dibujando a Sammy el Esquelético, un personaje del tebeo de papá, *Birdland*. Sammy estaba formado por líneas rectas y puntas, era fácil de dibujar. La cara medio risueña, medio desesperada, el largo abrigo negro que colgaba de sus hombros como un par de alas rotas, las manos arácnidas y las piernas largas y delgadas, el bulto exagerado de las rodillas bajo los pantalones negros, como tubos de una estufa... Todo comenzó a cobrar forma.

Trevor se echó hacia atrás y contempló el dibujo. Estaba muy lejos de ser tan bueno como el Sammy de papá, por supuesto. Las líneas no eran rectas, la tinta había dejado muchas manchas. Pero tampoco era un círculo con cinco puntos. Se lo podía reconocer al instante como Sammy el Esquelético.

Al menos papá lo reconoció en cuanto entró en la cocina.

Se inclinó sobre el hombro de Trevor un largo rato, mirando el dibujo. Tenía una mano apoyada levemente sobre la espalda de su hijo; la otra daba golpecitos nerviosos en la mesa, con dedos largos y delgados como las tenues venas color lavanda de Sammy, visibles bajo la piel pálida, con el anillo de boda de plata demasiado suelto en el dedo corazón. Por un momento, Trevor temió que su padre le arrancara el dibujo, todo el cuaderno; se sentía como si lo hubieran pescado haciendo algo inapropiado.

Pero su padre se limitó a darle un beso en la coronilla.

— Menudo tiparraco has dibujado — susurró al pelo pelirrojo de su hijo. Después abandonó la cocina en silencio, como un fantasma, sin llevarse la cerveza, o el vaso de agua, o lo que fuera a por lo que había venido, dejando a su hijo mayor en parte enaltecido, en parte temerosa, misteriosamente avergonzado.

Los dedos de la mano izquierda de Sammy, cuidadosamente dibujados, estaban emborronados. Había una gota de humedad en la página, sangrando y diluyendo la tinta. Trevor tocó la gota y se llevó el dedo a los labios. Salada. Una lágrima.

¿De su padre, o suya?

Lo peor sucedió la semana siguiente. Resultó que papá sí que había estado dibujando en su pequeño y atestado estudio. Por fin había terminado una historia, de solo una página, y la había enviado a uno de sus periódicos. Trevor no recordaba si era el *Barb* o el *Freep*, o quizá uno de los otros. A veces los confundía.

El periódico rechazó la historia. Papá leyó la carta en voz alta con una voz hueca y burlesca. Había sido una decisión difícil, decía el editor, considerando su reputación y el potencial de ventas de su nombre. Sin embargo, no tenía la sensación de que la historia se acercara a la calidad de la anterior obra de papá, y había pensado que su publicación sería negativa tanto para el periódico como para la carrera de papá.

Era el modo más amable que el editor había encontrado para decir: «este tebeo es una puta mierda».

Al día siguiente, papá se acercó al pueblo y llamó al editor de *Birdland*. Las historietas del cuarto número ya llevaban casi un año de retraso. Papá le contó que no habría más historias, ni ahora ni nunca. Después colgó el teléfono y se dio un paseo de casi kilómetro y medio hasta la licorería. Para cuando llegó a casa, ya le había quitado el precinto a una botella de bourbon.

Mamá cada vez se quedaba hasta más tarde en la ciudad después de su trabajo posando: una noche se tomaba algo con las otras modelos, otra se iba al apartamento de alguien a colocarse. A papá no le gustaba eso, incluso se negó a fumarse el porro que le trajo ella como regalo de sus amigos. Mamá le dijo que querían conocerlo a él y a los niños, pero papá le dijo que no los invitara.

Un día, Trevor había ido con su madre a Raleigh. Se llevó su cuaderno y se sentó en una esquina del enorme estudio, que olía a disolvente y a polvo de carboncillo. Mamá se sentaba garbosamente desnuda sobre un podio de madera en el frente de la sala, bromeando con los estudiantes

cuando hacían un descanso. Algunos se reían de él, inclinado sobre su cuaderno tan callado y serio. Las risas se apagaban cuando veían las caricaturas que les había hecho durante la clase: la chica de pelo ahilado cuyas gafas de abuela le pinzaban la nariz picuda como una herramienta de tortura; el muchacho de ojos caídos cuya barba desigual se metía por su jersey de cuello alto porque no tenía barbilla.

Pero aquel día Trevor se había quedado en casa. Su padre se había pasado toda la noche sentado en el salón, tirado en una mecedora desvencijada que venía con la casa, sus pies tatuando un ritmo incomprendible sobre el suelo deforme. Había enchufado el tocadiscos y ponía un disco detrás de otro, cualquier cosa que tuviera a mano: Sarah Vaughan, Country Joe y los Fish, frenética música de *band* de los años 20 que sonaba a lo que bailarían un esqueleto... Todo tenía cabida en aquel interminable y agónico alarido musical. Por encima de todo, Trevor recordaba a papá buscando obsesivamente los discos de Charlie Parker: Bird con Miles, Bird en la 52<sup>nd</sup>, Bird en Birdland. Los encontró, y metió uno violentamente en el tocadiscos. El saxofón comenzó a trazar espirales alrededor de la vieja casa, dio con las grietas en las paredes y escapó dando vueltas a la noche, un sonido exaltado, terriblemente triste pero en cierto modo libre. Libre como un pájaro en Birdland.

Papá agarró la botella y comenzó a beber bourbon directamente de ella. Un momento después dejó escapar un largo y húmedo eructo desgranado. Trevor se levantó de la esquina en la que había estado sentado, sin perder de vista la posible llegada de los faros de mamá, y se acercó a la puerta de la habitación. No quería que su padre se pusiera enfermo. Ya lo había visto antes y él mismo había estado a punto de ponerse enfermo, no tanto por la visión del vómito aguado y hebroso del whisky como por la desesperanza y la vergüenza de su padre.

Su pie tropezó en un trozo suelto de madera, que comenzó a rodar por el suelo. Unos días atrás papá había estado haciendo reparaciones por la casa, clavando un tablón en la pared que había comenzado a combarse. Los largos clavos plateados y un martillo seguían tirados por el vestíbulo. Trevor comenzó a recoger los clavos, pensando que Didi podría clavarse uno, pero se detuvo. Didi era lo bastante listo como para no pasear descalzo por la casa, con todas las astillas que había por el suelo. Igual su padre necesitaría las puntas. Puede que aún terminara las reparaciones.

Al oír el sonido de los clavos entrechocando, su padre levantó la mirada de la botella. Sus ojos se concentraron en Trevor, dejándolo paralizado en el sitio.

—Trev, ¿qué estás haciendo?

—Me voy a la cama.

—Muy bien. Te haré el zumo. — Mamá solía llevarles un zumo de frutas a la hora de acostarse, si es que tenían en casa. Papá se levantó y pasó dando tumbos a su lado hasta la cocina, apoyándose en el marco de la puerta. Trevor oyó cómo se abría el frigorífico, cómo entrechocaban las botellas. Papá volvió y le dio un vaso de zumo de uva. Algunas gotas se derramaron por un lado y cayeron sobre los dedos de Trevor, que se llevó la mano a la boca para lamerlas. El zumo de uva era su favorito porque tenía un interesante regusto agrio, casi salado. Pero en ese zumo había una amargura adicional, como si se hubiera empezado a estropear.

Debió de hacer una mueca, porque su padre se quedó mirándolo.

—¿Pasa algo?

Trevor negó con la cabeza.

—¿Te lo piensas beber o qué?

Trevor se llevó el vaso a los labios y se bebió la mitad, tomó aliento y se lo acabó. El sabor amargo temblaba en su lengua, se aferraba al fondo de su garganta.

—Pues a la cama. — Papá extendió los brazos y se acercó a él. Olía a licor pungente, a sudor viejo, a ropa sucia. No obstante Trevor devolvió el abrazo. Cuando su sien tocó la de su padre, un terror abyecto lo inundó, aunque no sabía por qué. Se aferró a los hombros de su padre, trató de rodearle el cuello.

Pero, después de un momento, papá lo alejó con delicadeza.

Trevor recorrió el pasillo, observando el dormitorio a oscuras de Didi. A veces su hermano se asustaba por la noche; pero se había dormido, a pesar del volumen molesto de la música, con la cara enterrada en la almohada. La pálida luz procedente del pasillo proyectaba un halo sobre su pelo claro. Cuando estaban en Austin, los dos hermanos habían compartido cuarto; esta era la primera vez que dormían separados. Trevor echaba de menos el despertarse con el sonido débil de la respiración de Didi, el olor de los polvos de talco y los caramelos cuando Didi se metía en la cama con él. Por un momento pensó que aquella noche podía dormir con Didi, que podía rodearlo con los brazos y que así no tendría que dormir solo.

Pero no quería despertarlo. Papá le daba mucho miedo, así que se dirigió hacia su propia habitación, recorriendo la pared con la mano. Los viejos tablones estaban húmedos, ligeramente pegajosos. Se limpió los dedos en la camiseta.

Su dormitorio estaba casi tan desnudo como el de Didi. No habían podido traerse ningún mueble desde Austin, y solo unos pocos

juguetes. El colchón descansaba directamente sobre el suelo con una manta arrugada encima. Había clavado a las paredes algunos de sus dibujos, aunque no el de Sammy el Esquelético, y no había intentado dibujar a ningún otro de los personajes de papá. Había más láminas tiradas por el suelo, junto a los tebeos que había conseguido de su padre. Tomó un libro de los Fabulous Furry Freak Brothers, pensando que podría leer en la cama. Los chistes de aquellos agradables patanes le podían hacer olvidar a papá tirado en la silla, intentando ahogar en whisky su dolor.

Pero estaba demasiado cansado, sus ojos ya se cerraban. Apagó la lamparita y se metió debajo de la manta. Los contornos familiares del colchón lo acunaron como una mano que le diera la bienvenida. Desde el salón le llegaba Charlie Parker recorriendo una resplandeciente escala descendente. «Birdland», pensó de nuevo. Aquel era el lugar en el que podías obrar magia, donde nadie más podía tocarte. Podía ser un lugar real del mundo; podía ser un lugar muy dentro de ti. Ahora, papá solo era capaz de alcanzar su Birdland bebiendo. Trevor había comenzado a pensar que su propio Birdland podría ser el rotulador moviéndose por el papel, el peso del cuaderno en sus manos, la creación de mundos a partir de la tinta, el sudor y el amor.

Durmió, y la música se tejió inquietante en sus sueños, entrando y saliendo. Oyó a Janis Joplin cantar *Me and Bobby McGee*, y recordó de repente que la cantante había muerto el año pasado. Cosa de drogas, le había dicho su madre, cuidándose de explicarle que las drogas que había estado tomando Janis eran mucho peores que el porro que ella y su padre se fumaban de vez en cuando. Le llegó la imagen de papá paseando de la mano con una chica más baja y mucho más redondeada que mamá, una chica con plumas brillantes en el pelo. La muchacha se volvió hacia papá, y Trevor vio que su rostro era una masa púrpura e hinchada de carne, los huecos de sus ojos negros e insondables detrás de unas grandes gafas redondas, sus rasgos destrozados divididos por la semblanza de una sonrisa mientras se inclinaba para darle a su padre un profundo beso espiritual.

Y su padre devolvió el beso.

Lo despertó el sol que brillaba a través de las ventanas sucias, haciéndole cosquillas en los ojos. Le dolía un poco la cabeza, y sentía un gran peso en el cuello. Se giró, se estiró y miró alrededor de la habitación, saludando en silencio a sus dibujos. Había uno de la casa,



uno de mamá con Didi, otra serie entera que, estaba seguro, se convertiría en un tebeo. Sabía que nunca podría dibujar el hábil y chabacano mundo de *Birdland* como había hecho su padre, pero podía crear el suyo propio. Tenía que acostumbrarse a dibujar más pequeño, para que le cupieran las letras.

Con la cabeza algo lenta, pero llena de ideas, se levantó del colchón, abrió la puerta de su habitación y se acercó a la cocina por el pasillo.

Vio la sangre en las paredes antes que a su madre.

Sabría por el informe de la autopsia, que no leería hasta muchos años después, que papá la había atacado cerca de la puerta principal, que debían de haber discutido, que había habido lucha y que la había empujado hacia el pasillo antes de matarla. De ahí había cogido el martillo.

Mamá estaba desplomada en el umbral que comunicaba el salón con el pasillo. Su cabeza descansaba contra el marco, repantigada sobre la fragilidad del cuello. Los ojos estaban abiertos, y a medida que Trevor rodeaba el cuerpo, parecían permanecer fijos en él. Durante un segundo terrible pensó que seguía viva, pero entonces vio que los ojos estaban vidriosos, cubiertos por una película de sangre.

Los brazos eran una masa contusa y sanguinolenta, los anillos de plata resplandecían en las ruinas que eran sus manos. (Siete dedos rotos, decía la autopsia, junto con la mayoría de los huesecillos de las palmas, ya que levantó las manos para protegerse de los golpes del martillo.) Tenía una herida profunda en la sien izquierda, otra en la frente. El pelo estaba suelto y caía sobre los hombros, apelmazado por la sangre. Un fluido claro se había derramado de las heridas de la cabeza y se había secado sobre su rostro, dejando surcos plateados en la máscara rojiza.

Y, en la pared sobre ella, una confusión de huellas de manos ensangrentadas trazando un curso descendente.

Trevor se giró y corrió por el pasillo hacia el cuarto de su hermano. No se había dado cuenta de que su vejiga había cedido, ni de que la orina caliente le empapaba las piernas. No oía el sonido que producía su garganta, un gemido largo y agudo.

La puerta del dormitorio de Didi estaba cerrada. Trevor no la había cerrado al ver a su hermano la noche pasada. En lo alto de la puerta había una pequeña mancha de sangre, apenas perceptible. Le dijo cuanto necesitaba saber, no obstante entró.

El cuarto estaba inundado por el olor de la sangre y las heces. Los dos juntos eran espesos, casi dulces. Se acercó a la cama. Didi estaba en la misma posición en que lo había dejado la noche pasada, con la cabeza

enterrada en la almohada y una manita cerrada en un puño cerca de la boca. La coronilla del pequeño era como una ciénaga, un puré oscuro de hueso fracturado y una masa coagulada, espesa. En algún momento de la noche, ya fuera por el calor o por los espasmos de la muerte, Didi se había quitado la manta de encima. Trevor vio la mancha marrón oscura entre las piernas. De ahí procedía el olor.

Levantó la manta y cubrió con ella a su hermano, la mancha, la cabeza despedazada, la insoportable mano enrizada. La manta se aposentó sobre la pequeña forma inmóvil. Allá donde cubrió la cabeza apareció una mancha roja.

Tenía que encontrar a papá. Su mente se aferraba a la diminuta y resplandeciente esperanza de que no fuera él quien había hecho aquello, de que alguna clase de loco hubiera entrado en su casa y hubiera matado a mamá y a Didi, dejándolo vivo a él por algún motivo; de que su padre aún siguiera vivo.

Salió a trompicones de la habitación de Didi, recorrió el pasillo tanteando la pared y se dirigió directamente al baño.

Allí fue donde lo encontraron horas después los amigos de su madre, cuando se acercaron a ver por qué no se había presentado en clase aquel día. Era tan fiable que se habían sentido preocupados de inmediato. La puerta principal no estaba cerrada con llave. Vieron primero el cuerpo de su madre, y casi habían llegado a la histeria cuando alguien oyó el lamento agudo, átono.

Encontraron a Trevor en el pequeño espacio entre el inodoro y el viejo lavabo de porcelana, enroscado como un feto, con los ojos clavados en el cadáver de su padre. Bobby McGee colgaba de la barra de la cortina de la ducha. Era de las antiguas, atornillada a la pared, y había soportado el peso toda la noche y todo el día siguiente. El cuerpo estaba desnudo. Su pene colgaba blando y seco como una hoja podrida; para él no había habido orgasmo de la muerte. Su cuerpo era flaco hasta la emaciación, luminosamente pálido, sus manos y pies grávidos por la sangre, su rostro tumefacto hasta la ausencia de rasgos, salvo por los ojos, prácticamente fuera de las órbitas. El tocoso cáñamo le había hecho un profundo corte en el cuello. Sus manos y su cuerpo seguían manchados con la sangre de su familia.

Cuando alguien lo levantó y lo sacó, aún enroscado hasta formar la bola más pequeña posible, Trevor tuvo el primer pensamiento coherente en varias horas, y el último que tendría durante muchos días.

No tendría que haberse preocupado por acabar por accidente en el Paseo del Diablo.

El Paseo del Diablo había venido a por él.

**Del *Weekly Eye* de Corinth, 16 de junio de 1972**

*Por Denny Marsten, redactor*

MISSING MILE – Una horrible tragedia ha tenido lugar junto a nuestras mismas puertas. Prácticamente nadie sabía que el famoso dibujante *underground* Robert McGee vivía en Carolina del Norte hasta que golpeó a dos miembros de su familia hasta la muerte, suicidándose después en una casa alquilada en las afueras de Missing Mile.

McGee, que había residido en Austin, tenía 35 años. Su obra ha aparecido en periódicos estudiantiles y contraculturales de todo el país, y era el creador del controvertido tebeo para adultos *Birdland*. Las otras víctimas son su esposa, Rosena McGee, de 29 años, y su hijo Fredric McGee, de 3. Los sobrevive otro hijo, de nombre y edad desconocidos.

«Creemos que puede haber drogas de por medio. Es lo habitual con esta clase de gente», comentó un policía estatal en el lugar de los hechos. Otro señaló que aquel era el primer asesinato múltiple en Missing Mile desde 1958, cuando un hombre disparó a su mujer y a sus tres hermanos hasta matarlos.

Kinsey Hummingbird, de Missing Mile, reparó el coche de los McGee pocas semanas antes de los asesinatos. «No vi nada raro en ellos», dijo Hummingbird. «Y de ser así, no es asunto de nadie. Solo los McGee sabrán lo que sucedió en aquella casa».

Y añadió: «Robert McGee era un gran artista. Espero que alguien se haga cargo del pobre chico».

Nadie ha hecho especulaciones acerca de por qué McGee dejó vivo a su hijo mayor. El niño está en custodia del estado, y se le buscará un orfanato o un hogar de adopción de no encontrarse a ningún familiar.

## Capítulo uno

*Veinte años después*

Mientras caminaba hacia el trabajo cada tarde, Kinsey Hummingbird tenía tiempo para pensar en muchas cosas. Podía tratarse de asuntos filosóficos (la física cuántica, la función del Arte en el universo) o prosaicos (¿qué clase de persona perdería el tiempo en escribir «Robin folla» en una acera recién cementada? ¿Creía de verdad que la leyenda era lo bastante importante como para preservarla en hormigón a lo largo de las edades?), pero nunca aburridos. Era muy raro que Kinsey se aburriera.

El paseo desde su casa hasta el centro de Missing Mile era sencillo. Kinsey se lo pateaba dos veces al día prácticamente todos los días de su vida, y solo lo hacía en coche cuando tenía que llevar algo muy pesado: una cacerola de sopa casera con judías, por ejemplo, o un amplificador estropeado. El paseo lo llevaba por un retal de parcelas que cambiaban a cada estación. Arado, oscuro y rico en invierno; machado por el más pálido de los verdes en primavera; resplandeciente con el tabaco, las calabazas y otros cultivos verdes en el cálido verano de Carolina, hasta la cosecha. Lo conducía por un paisaje feérico de kudzú, ese yerbajo exuberante que había tomado una colina entera y había transformado sus árboles en verdes y fantasmales espiras y torres. Lo llevaba por los raíles en desuso entre cuyas traviesas crecían las malas hierbas, y en las que al menos una vez al mes se las arreglaba para torcerse un dedo o un tobillo. Lo llevaba por el falso extremo de Firehouse Street hasta el centro.

Missing Mile no era una localidad grande, pero sí lo bastante como para disponer de una zona deprimida. Kinsey la recorría todos los días apreciando su silencio, la vaga extrañeza que provocaban las ventanas y escaparates clausurados. Algunas de las tiendas vacías aún mostra-

ban carteles de liquidación. El mejor de todos, el que siempre le sacaba una sonrisa, proclamaba en enormes letras rojas: «¡No se pierda la locura navideña!» Las tiendas que no estaban cerradas y clausuradas estaban llenas de polvo y telarañas, con el perchero o el torso de un maniquí ocasionales en eterna guardia sin sentido.

Una lluviosa tarde de sábado, Kinsey caminaba hacia el pueblo como siempre. Llevaba un sombrero de paja con una pluma rota en la banda, y una gabardina larga colgada de sus hombros enjutos. Su aspecto era el de un amistoso espantapájaros, y sus andares encorvados no ayudaban a ocultar que medía alrededor del metro noventa. Su edad era difícil de precisar (algunos de los chicos aseguraban que Kinsey no era mucho mayor que ellos; había quien juraba que tenía cuarenta o más, «casi un anciano»). Su pelo era largo y ralo. Las ropas estaban gastadas, remendadas y mal conjuntadas, pero se adaptaban bien a su cuerpo delgado, casi con elegancia. Su nariz aguileña, la mandíbula larga, la boca astuta y sus ojos azules y brillantes eran los propios de la zona.

La lluvia cálida golpeaba la acera y volvía a ascender como vapor, formando pequeños remolinos de bruma alrededor de los tobillos de Kinsey. Un charco de aceite y agua formaba un confuso arco iris en la calle. Un par de manzanas más abajo de Firehouse Street comenzaba la parte buena del pueblo: casas astrosamente finas, anteriores a la guerra, con pilares pandeados y miradores en todo el perímetro, algunas remodeladas como pensiones; un 7-Eleven; la vieja ferretería agrícola, cuyo estacionamiento doblaba como cochera de los autobuses Greyhound; y otros pocos negocios abiertos. Pero allí el alquiler era más barato, y a los chicos no les importaba estar por la zona mala después del anochecer.

Kinsey cruzó la calle y se agachó junto a un umbral en sombras. La puerta era especial, la había encargado a un ebanista de Corinth: una pesada lámina de pino satinada, barnizada con el color del caramelo caliente y con una inscripción de letras irregulares, retorcidas, manchadas de negro, que parecían sangrar desde las profundidades de la madera. «El Tejo Sagrado».

El verdadero hogar de Kinsey. El que había hecho para los chicos, porque no tenían ningún otro sitio a donde ir.

Bueno, principalmente para los chicos, pero también para él, porque Kinsey tampoco había tenido nunca ningún sitio a donde ir. Una madre aferrada a la Biblia que veía a su hijo como la encarnación de su propio y negro pecado; su nombre de soltera era McFate, y todos los McFate eran psicóticos delirantes de una clase u otra. Una pálida